EL PEREGRINO.

CANTO DUODÉCIMO.

Por José Marmol.

MONTEVIDEO:
1846.

Sr. Dr. D. Francisco Pico.

El amor á la patria—el infortunio del proscripto, la esperanza en el porvenir—son flores y espinas que ha brotado el corazon de V. desde su mas temprana juventud.

Una amistad la mas pura y desinteresada hace muchos años que nos une.

En este Canto hablo de Patria, de infortunio, de porvenir: ¿querrá el proscripto y el amigo aceptar este homenage pobre de una amistad rica de cariño y consideracion ?

JOSÉ MARMOL.

Julio 19,—1846.

Creemos necesario dar al lector una ligera idea de los CANTOS DEL PEREGRINO, y la razon que hoy tenemos para publicar uno de ellos solamente

El PEREGRINO es un emigrado Argentino, que viaja en el mar, desde el trópico de nuestro hemisferio hasta los 65° Sur, á donde le arrojan las borrascas, sin poder doblar el Cabo meridional de América. Durante su viaje, de zona en zona, de grado en grado, canta la naturaleza americana, ya por sus recuerdos, ya por los cuadros que se desenvuelven á sus ojos. Los trópicos con sus oceanos de luces, y su eterna primavera; el polo con

su cielo nebuloso, y sus montañas de nieve; el mar en todos sus misterios, en todas sus diversas y multiplicadas faces; los astros, las nubes; todo, en fin, lo que pertenece á la naturaleza, es para EL PEREGRINO la primera fuente de sus inspiraciones. Pero aun halla otra de mas viva y lujosa poesia—su propio corazon: los recuerdos de la patria, con su *pasado* glorioso, con su *presente* de lágrimas y sangre, con su *porvenir* rico de paz y de felicidad, como una promesa de Dios. Los recuerdos individuales del proscripto, del patriota, del amante, meditando sobre sí mismo, é historiando con sus propias impresiones el caràcter y los acontecimientos de la época, son otra fuente donde á menudo bebe el poeta PEREGRINO sus inspiraciones. Y la naturaleza y el alma son los dos mundos misteriosos que revela en sus cantos.

Fácil es ahora comprender que nuestro poéma no es un poéma dramático; que no hay unidad en sus cuadros, y que cualquiera de los cantos puede publicarse separado de los otros, sin alterar el poéma, y sin necesidad de los anteriores para su intelijencia. Y podemos definir el PEREGRINO, en su parte descriptiva, como *un himno en loor de la espléndida naturaleza de nuestro continente;* y en su parte sentimental, como *la historia del corazon del proscripto argentino*; comprendiendo toda la época de la revolucion de su patria, para

la cual guarda CARLOS (*) todo el fervor de sus recuerdos, todo el amor de su alma.

Esto es EL PEREGRINO, escrito sobre la cubierta de una nave; flor del mar, regada por ese rocío de la desgracia, que se llama lágrimas; y alumbrada por el rayo de esa esperanza en el porvenir, que, dádiva preciosa de Dios, vive en el corazon de los que saben amarlo. Creacion pura de las olas nuestro poéma, deberemos á ellas los aplausos ó la censura del público. El mar ha tenido siempre sobre nosotros un poder de encanto irresistible; y donde todos hallan monotonía y aburrimiento, hallamos nosotros el iman de las inspiraciones y de la actividad del espíritu. Este fenómeno se esplica fácilmente por las leyes eternas de la armonía:—el mar siempre es triste, y nuestro corazon nunca ha sido feliz.

La publicacion que hoi hacemos de uno de sus cantos, es puramente debida á la situacion. Ella nos inspira el deseo de publicar algo del poéma, que se relacione mas directamente con los sucesos actuales, y nos niega los elementos para la publicacion de toda la obra. Y elejimos el canto duodécimo porque es la vuelta del PEREGRINO al Plata—mediando un espacio de dos años entre él y los diez primeros cantos del poéma.

(*) Nombre del Peregrino.

Es el mas árido, el mas desconsolador de todos, porque tambien lo es el asunto; y muchas veces raya su estilo en la vulgaridad, por la razon de estas palabras de Horacio, que coloca Lord Byron al frente de su D. Juan: "es difícil expresar cosas comunes en términos escojidos."

A veces nos estendemos á consideraciones históricas, á otras puramente políticas, y que parecen agenas de la poesía; pero esto proviene de nuestro modo de comprender la época y la mision de sus poetas en América. Pensamos que ningun hombre puede ser ageno á las exijencias de su época, si quiere pagar su tributo á la sociedad en que nació; y creemos que los poetas americanos tienen mas que nadie el deber, triste pero imperioso, de introducir con la música de sus palabras en el corazon del pueblo, la verdad de las desgracias que este desconoce, y el ruido de las cadenas que no siente.

Ademas, no podriamos escribir de otro modo, porque no hai una fibra en nuestro corazon que no esté herida por las espinas de nuestra época.

Si alguna vez dejamos el sol pálido del estrangero y volvemos à nuestra patria—hemos de volver—los CANTOS DEL PEREGRINO serán las humildes flores de muchos climas, de muchas primaveras, que depongamos á sus

pies. Y ella, leyendo en nuestro corazon estas palabras: "de aquí brotaron," si no las halla dignas de entrelazarlas en las perlas de su diadema, á lo menos las habrá levantado del suelo.

JOSÉ MARMOL.

Montevideo, Julio, de 1846.

EL PEREGRINO.

CANTO DUODÉCIMO.

EL PEREGRINO.

CANTO DUODÉCIMO.

I.

EN muda soledad duerme tranquila,
Cual postrado leon, la mar sonora;
Y allá en el horizonte su pupila,
Cual risueña beldad, muestra la Aurora.
El primer rayo de su luz vacila
Y apénas de la mar la espalda dora;
Pero llegan en pos y en muchedumbre
Rayos y rayos de brillante lumbre.

II.

Huye la oscuridad y huye el sosiego
De la ofendida mar que hincha su espalda,
Y allá en el horizonte ondas de fuego
Disputan á la mar las de esmeralda;
Hasta que bordan opulentas luego
Del Astro Rey la fúlgida guirnalda,
Que en su llama inmortal al mundo absorve
Como la luz de Dios absorvió al orbe.

III.

Con la brisa del Norte hinchado el lino
Se desliza el bajel rápidamente,
Como la vida al soplo del destino
En el mar de las cosas y la mente.
En la popa, su vista EL PEREGRINO
Tiene fija en las nubes de occidente;
Baja sus ojos y las ondas mira,
Y como lleno de dolor suspira.

IV.

¡Un suspiro!....¿Y por qué? ¿CARLOS, acaso
Tiene algo de comun con los dolores
Ni la felicidad? ¿Ya en el ocaso
Su estrella no apagó sus resplandores?
Indiferente al infortunio, el paso
No mueve por dó quiera, sin amores,
Sin dar al ruido mundanal un eco
Su corazon desencantado y seco?

V.

Ay, ese corazon fué tan á prisa
Despeñado en los piélagos del mundo,
Que si mira el pasado, en él divisa
Un largo siglo de dolor fecundo!
Se acabó para CARLOS la sonrisa,
Y, escondido del alma en lo profundo,
Coje allì la raiz de sus dolores
Y la pone en su lira en vez de flores.

VI.

El fué para los hombres franco y bueno,
Noble su corazon cual la nobleza;
Pero existía un cáliz en su seno
Y una chispa del génio en su cabeza.
Le llenaron el cáliz de veneno,
La chispa hirió del mundo la corteza,
Y él dijo, al contemplarlo, friamente:
"Nos mirarémos, mundo, frente á frente,"

VII.

Y despues, desatando sin recelo
Del mundo y del espíritu los nudos,
Cual noble Caballero, que en el duelo
Deja su brazo y corazon desnudos,
Tras de la tempestad remontó el vuelo
Del infortunio al ¡Ay! sus lábios mudos,
Comenzando esa vida, ese romance
Que ojalá nadie á comprender alcance.

VIII.

Esa vida, ese cúmulo de escenas,
Donde el drama del mundo ha conocido,
Y donde todo, sin escluir las penas,
A escepcion del honor, ha consumido.
¿Cuales dichas de amor le son agenas?
¿Qué hiel del infortunio no ha bebido?
¿Que lágrima ha quedado en su pupila?
¿A qué se lanza ya, ni en qué vacila?

IX.

¿Acaso los recuerdos todavía
Arrebatan á su alma ese suspiro?
¿Del cielo tropical el claro dia
Viene á su mente á perturbar el giro
De las negras ideas? Su alma umbría
Se alumbra con el rayo de zafiro
Que el Crucero en su espléndido palacio
Vierte en hebras de luz sobre el espacio?

X.

¿Acaso su inmortal Cinco-de-Enero [a]
Ese suspiro lánguido arrebata,
Y recuerda con él su amor primero,
Y esa muger hasta con Dios ingrata,
Para entregarle el corazon entero;
Esa muger cuyo recuerdo mata,
Por que, al verla una vez, el alma espira
Si léjos de ella y de su amor suspira?

XI.

Aquella á quien un dia el PEREGRINO
Dijo: "Adios; yo te he amado hasta el exceso;
Mi amor primero te guardó el destino,
Toma, guarda tambien mi último beso;
Si te halláre otra vez en mi camino,
Entónces te diré con embeleso,
Si conoces el sello de tu boca
Ven, y mi lábio con tu lábio toca."

XII.

No, no es esa quien hora de su pecho
Arranca ese suspiro; la ama tanto,
Que el corazon en lágrimas deshecho,
O en sueños de placer, en vez de llanto,
Nunca á su imájen y á su amor estrecho,
Nunca suspira, pues su dulce encanto
Es guardar cuanto fué y es de su bella,
Sin que robe un suspiro el nombre della.

XIII.

Esas ondas que mira el PEREGRINO
¿No sabeis cuales son? Son las del Plata;
Y esas nubes, que el rayo matutino
Sobre el cenit azul blancas dilata,
Le descubren el Cabo Cisplatino
Cuya sombra en las olas se retrata.
¿Comprendeis el suspiro? Al Sur, la nube
De las riberas de su patria sube.

XIV.

Si al estrangero que aprendió la historia
De estos pueblos, las ondas de su ria
Inspiran un recuerdo en su memoria,
Triste como el crepúsculo del dia,
Al que en ellos nació, cuando la gloria,
Que al nacer espiró, tambien nacía,
¡Oh, qué no inspirarán si acaso siente
Sensible el corazon, y alta la mente!

XV.

El PEREGRINO sus miradas gira:
A su izquierda, la Patria. *Allí está ella,*
Dice, y las nubes y las ondas mira,
Por distraér el alma de la huella
Que labra la vergüenza.... El aura aspira
De la Patria Oriental.... sus rocas, bella
Baña la luz del sol.... mas ¡ay!, le muestra
Que tambien hai tiranos á su diestra. [*b*]

XVI.

De un hombre que en el Plata fué su cuna,
Sus esperanzas y su fé primeras,
Es por cierto, Gran Dios, bella fortuna
Estár del rio entre las dos riberas,
Y saber que á la vez en cada una
La barbarie despliega sus banderas;
Y que en aquella ó en aquesta orilla
A su garganta espera la cuchilla!

XVII.

Es cierto, si, mi pobre PEREGRINO
Bien habrá de mover su mundo interno,
Al contemplarse sobre débil pino
Navegando á la entrada de un infierno;
Bien puede meditar sobre el destino,
Los fallos de Satàn ó del Eterno,
A la vista de pueblos y señores,
Que dejó malos y los vé péores.

XVIII.

Su *madre* Patria allí, y allí su hermana....
Hay parientes, por Dios, que mas valiera
Llorarlos muertos en su edad temprana.
Y esa madre de hermosa primavera,
Y esa jóven tan pura en su mañana,
El triste viajador verlas quisiéra
En aqueso que llaman en la historia
No tumba, sino templo de la gloria.

XIX.

¡Argentino! Por Dios y por mi vida,
Que este nombre no es hoy una gran cosa;
Si no se llama cosa desmedida
Siervo vivir de tirania odiosa,
O arrastrar vagabunda y desvalida
Una existencia oscura, fatigosa:
Dos extremos, los únicos al hombre
Que lleva de Arjentino el triste nombre.

XX.

Antes era otra cosa; ántes valía
La pena de llevar una estocada,
El decir con orgullo y bizarría:
Nací Arjentino, y en mi Patria amada
No hay ya ni esclavitud ni tiranía;
Y en la frente del hombre inmaculada,
Donde la Libertad graba su sello
Deslumbra un rayo de esperanzas bello.

XXI.

Pero ántes esa Patria, en vez de yugo,
Laurel tenia y palmas en la frente;
En vez de miserables y verdugo
Hombres de honor y corazon valiente;
Y en vez del vicio, cuyo amargo jugo
Hoy nutre sus entrañas torpemente,
La miel de la virtud nutría el seno
De amor, nobleza y esperanzas lleno.

XXII.

Entónces á la luz del claro dia
Se conquistaban glorias inmortales,
Y el corazon en ecos repetía
Las voces de los cánticos triunfales;
Entónces por la patria se moría,
Y eran templos las urnas sepulcrales;
Entónces ¡Ay! las madres envidiaban
La suerte de los hijos que espiraban.

XXIII.

Entónces en la lid nuestros guerreros
Dirijian al pecho castellano,
Como leales y nobles caballeros,
La punta de su sable americano;
Entónces se envainaban los aceros,
Y al vencido infeliz la propia mano
Del vencedor cuidaba de su herida,
Al que quiso matar dándolo vida. [*c*]

XXIV.

Entónces el anciano, cuya noble
Frente, al peso del tiempo ya se abate,
Cual viejo y fuerte deshojado roble
Que resiste del viento al duro embate,
Escribia la ley, cuando el redoble
Convocaba sus hijos al combate,
Y ellos le daban *Patria* con la guerra,
Y el viejo á ellos *Ley* para su tierra.

XXV.

Entónces en las bóvedas del templo
La palabra de Dios repercutía;
Y la virtud de Cristo era el ejémplo
Que el sacerdote al pueblo descubria:
Entónces esta lira que yo templo
A la voz de mortal melancolía,
Otros templaban á la dulce y bella
Voz de la libertad, en redor della.

XXVI.

Entonce el labrador, cuando el arado
Volvía á levantar dejando el sable,
De su esposa y sus hijos rodeado
A la puerta del rancho miserable,
Ricas cosas contaba entusiasmado,
Todas de Patría y gloria memorable;
Sin miedo de negar ó dar renombres,
Porque entónces los hombres eran hombres.

XXVII.

Entónces eras tú, Pueblo Arjentino,
Grande como los Andes y el Oceano;
Y á la luz de tu fúlgido destino
Alumbrabas el mundo Americano,
Derramando en tu espléndido camino,
Como Dios las estrellas con su mano,
Chispas de libertad, rayos de gloria,
Desde el carro veloz de la victoria.

XXVIII.

Rodaban de los Andes de repente
Torrentes de guerreros à su acento,
Para caer cual rayos en la frente
De un trono con dos mundos por cimiento;
Como al eco de Dios, en llama ardiente,
Cayeran en raudal del firmamento
Nubes y nubes que el cenit desploma
En la réproba frente de Sodoma.

XXIX.

Y á sus plantas tiraba hecha pedazos
La cadena de fierro de dos mundos,
Que cayeran del Cielo sin mas lazos
Que aquellos del amor, y los profundos
Mares que los estrechan con sus brazos,
Por mas que sus desiertos infecundos,
Donde todo se pierde ante los ojos,
Parezcan separarlos con enojos.

XXX.

Y cambiaba del hombre los destinos,
Levantando una vírjen esperanza,
Como alza Dios los rayos matutinos
Y cambia el huracan por la bonanza;
Y abria de un futuro los caminos
Donde una nueva humanidad se lanza,
Como hizo Dios al presentar la oliva
Dentro del Arca á la familia viva.

XXXI.

Entónces al sepulcro caminaba
Paso á paso el guerrero, y de su frente
La aureola el sepulcro iluminaba
Y el mas allá de la futura gente.
El Sol así, cuando su marcha acaba
Lleno de magestad en Occidente,
De su tumba los bordes ilumina
Miéntras á otra region su luz camina.

XXXII.

En fin la vida y aun la misma muerte
En los Pueblos del Plata, para el hombre
Eran entónces envidiable suerte:
Vida era gloria, y muerte era renombre.
Pero á esa Patria, valerosa, fuerte,
Llena de gloria y opulencia y nombre,
Rica de corazon, rica de espada,
¿Sabeis ahora lo que resta?.. ¡Nada!

XXXIII.

Parece que su frente hubiera sido
Por la vara de un mágico tocada,
O la trompeta de Josué sentido,
Al mirarla tan rápido postrada.
Parece que algun soplo desprendido
De las Egipcias plagas, abrasada
Su atmósfera dejase, y de repente
Postrado hubiera la marchita frente.

XXXIV.

Todo, todo pasó—Gloria, opulencia,
La virtud misma del hogar no existe,
Y las horas las cuenta la existencia,
Por los golpes de fierro que resiste.
La propia flor de la beldad su esencia
Ha perdido y su brillo mustia y triste,
Encerrada con hálitos impuros
De la barbarie entre los altos muros.

XXXV.

Apénas esa Patria que derrumba,
Mas y mas cada dia el despotismo,
Y besa mas la mano que la tumba,
Cuanto mas la despeña en el abismo;
Apénas, como el polvo de una tumba
Tiene flores que brota de sí mismo,
Tiene ella por el mundo algunos hombres
Zelosos de su gloria y de sus nombres.

XXXVI.

Que han bebido la hez de la amargura
Bajo el pálido sol del extranjero,
Y consuelan su misma desventura
Con hablar á su Patria dulce agüero:
Que bajo suelo estraño sepultura
Dán á sus viejos padres y al guerrero;
Y les dicen: "Quedad, hasta que un dia
Llevemos ¡ay! vuestra ceniza fria."

XXXVII.

Que vén nacer sus inocentes hijos
Sin nacer en la Patria de su padre;
Y en vez de maldecir, hacen prolijos
Que al empezar á hablar la llamen *madre*:
Y siempre en Dios y la esperanza fijos,
Cuando á su Patria la bonanza cuadre,
Ven que el dolor y la vejez los lábra,
Sin decir de Escipion la cruel palabra. [*d*]

XXXVIII.

Aquesto y nada mas, Patria Argentina,
Queda de tu pasado y tu grandeza;
Es el último rayo que ilumina
Del Sol que abrillantaba tu cabeza.
Pero léjos de tí su luz camina,
Sin animar tu lívida belleza.
Esa que abrigas torpe muchedumbre
Nada conserva de tu antígua lumbre.

XXXIX.

Nada ?. . . ¡Oh, es mucho *nada* ! Tiene ménos
Esa jente en el vício embrutecida:
Tiene acreedores de piedad agenos,
Tiene la Humanidad, que sorprendida,
Y los Cielos tambien de pasmo llenos,
La piden cuenta, y en rigor debida,
De esos largos escándalos salvajes
Con que al mundo y á Dios comete ultrajes.

XL.

Cuenta que has de pagar, redil de esclavos,
Pueblo sumido en lodazal de crímen,
Espúrea raza de los hombres bravos
Que hoy en la tumba de vergüenza gimen.
Ah, bien la pagas ya!.. Sientes los clavos
Y el son de las cadenas que te oprimen;
Dentro del corazon la verdad sientes,
Y, nuevo Galiléo, crees y mientes.

XLI.

Diputados, Ministros, Generales,
¿Qué haceis? Corred: el bruto tiene fiebre;
Arrastrad vuestras hijas virginales
Como manjar nitroso à su pesebre.
Corred hasta las santas Catedrales,
A vuestros pies la lápida se quiebre;
Y llevad en el cráneo de Belgrano
Sangre de vuestros hijos al Tirano.

XLII.

Que su carro triunfal vuestras esposas
Arrastren otra vez: dadlas al bruto,
Para que os hónre, si las halla hermosas,
Con daros de su raza un noble fruto.
¿De qué no es amo y digno vuestro Rosas
Si le disteis la Pátria por tributo?
Gracias, señores, gracias por la gloria
Que dejais de nuestra época en la historia. [e]

XLIII.

Envidiasteis tal vez á los campeones
Que llamáronse *célebres* un dia,
Y al nivel de esos ínclitos varones
Os quiso levantar vuestra osadía.
Y en efecto, tan altas ambiciones
Se os han llenado ya, y en demasía;
Pues la Fama, con nombres y apellidos,
Os llama los mas *célebres bandidos*.

LXIV.

Generales, Ministros, Diputados,
Grande es vuestra mision en vuestra Era;
Y, si por buena ley moris ahorcados,
Ni admirable tal vez ni estraño fuera
Que allí vuestros cadáveres colgados
Quedasen, como ejemplo al que los viera
Del modo como se hacen inmortales
Los célebres, los altos criminales.

XLV.

Oh Rosas! No la prensa y la Tribuna
Del Brasilero, GRANDE solamente
Te llamará, eso nó: tambien hay una
Jóven y noble y Arjentina frente,
Que hoy se levanta, y sin temer ninguna
Te llama GRANDE, FUERTE, OMNIPOTENTE;
Y así te llama ante la luz del dia,
Que es frente sin doblez, porque es la mia.

XLVI.

Y así te llamo, para orlar de gloria
Esa Patria infeliz á quien adoro;
Que destinada en su naciente historia
A escribir con valor páginas de oro,
Primero la grandeza en la victoria,
Despues de intelijencia un gran tesoro,
Y á tí despues te levantó en sus manos,
El mas grande de todos los tiranos.

XLVII.

¿Quien mas que tú fué grande en osadía?
Escupes en la frente de la Europa;
Y ese mundo de regia gerarquía
Te brinda luego de amistad la copa;
Y pisas del bajel en que la envia
El pabellon de la soberbia popa.
Gracias, Rosas: mi nombre de Arjentino,
Que el de enemigo tuyo ántes me vino.

XLVIII.

Ese nieto imperial de veinte abuelos,
Hijo pigmeo de jigante padre,
Manda tender del Aguila los vuelos,
Luego que al potro de la Pampa cuadre;
Y tú, rama del pasto de los suelos,
Gaucho sin Dios ni Ley—de oscura madre;
Haces que lleve un puntapié consigo,
Y te llame el Monarca *Grande amigo.* [*f*]

XLIX.

Uno que es mas que tú transformó un dia
En estatua de sal una belleza;
Y tú, mayor que él en fantasía,
Haz tenido el capricho en tu cabeza
De hacer de una nacion de nombradía
Un pantano cubierto de maleza,
Y de un millon de seres racionales
Número igual de estátuas animales,

L.

Estátuas con resortes; tú las tocas,
Y ellas corren, se paran, lloran, cantan;
Las dás de latigazos, y mas locas
Saltan, gritan, te aplauden y se encantan;
Y al ruido el infierno abre sus bocas
Y hasta Satán y el Tártaro se espantan,
Que á tantos á la vez ni Satán mismo
Enloqueció jamás en el abismo.

LI.

Gracias, Rosas; mi mente de poeta
Busca la novedad; y cada fibra
Siento del corazon latir inquieta
Por toda voz que de ignorancia libra;
Y tú eres á mi oido una trompeta,
Que en écos claros me repite y vibra:
Que si tú no eres Grande, pocos reyes
Y pocos hombres hay que no son bueyes.

LII.

Ah, Rosas, si mi jóven PEREGRINO
A quien haces viajar pobre y errante,
Te encuentra alguna vez en su camino
Habreis de ser amigos al instante.
Puede ser que se canse el Arjentino—
Tu apuestas á que nó—y ¡ay! su jigante
Viaje por el Brasil ó por la Europa....
Si te halla CARLOS tocareis la copa.

LIII.

Y gran cosa, por Dios, mirar sería
Conversando el Demonio y un poéta,
En una noche de tormenta, umbría,
Con voz pausada, con pupila inquieta,
A la pálida luz de una bujía,
Entre misterio y soledad secreta,
Acariciando cada cual á solas
El oculto puñal ó las pistolas.

LIV.

Y descubriendo de tu mundo interno
Esos cóncavos senos del delito
Que abrió en tu corazon el mismo infierno
Para vaciar la rabia del precito;
Y mostrando el *por qué* del ódio eterno
Que fulminó tu corazon maldito,
Saber CARLOS entónces el enigma
Para cantar su horrible paradigma.

LV.

Y al oscilar la luz sobre tu frente,
Las sombras de tus víctimas pasando
Contemplase el poéta, y de repente,
El trueno en los espacios retumbando,
Y de cien rayos á la llama ardiente,
Ver con arpas de fierro negro bando
De bardos de Luzbel, á roncos gritos
Cantar tu maldicion y tus delitos.

LVI.

Todo esto para CARLOS bien sería
Espectáculo ameno—escena rara
Del drama de su vida—y bebería
Contigo dos botellas cara à cara,
Sin miedo y con placer.—¡ Cuanto sabria !
¡Tú que enseñas tan bien, con voz tan clara!
Mas ¡ay! no te ha de hallar; y Grande y Fuerte
Seguiràs en tu cátedra de muerte.

LVII.

¡ Cuanto no has enseñado y puesto en duda !
¡Cuanta filosofia no has dictado
De ficcion y oropel siempre desnuda !
Las cosas como son has enseñado :
La Ley de Dios para la tierra, muda;
Bajo el látigo el hombre arrodillado;
Y que todo es ficcion cuanto decimos
Del palabrero siglo en que vivimos!

LVIII.

Una cosa mas práctica la mente
Te debe todavia; y es el modo
De comprender de América el presente
Y su modo de ser y sufrir todo;
Pues, libre un poco mas, toda su jente
Cual la que mandas tú duerme en el lodo;
Erial de los Alcaldes y Virreyes
Dó plantaron el bosque de sus leyes.

LIX.

Hay coincidencias raras en la vida
De los célebres Pueblos. Cuantos males
Ha sufrido la España en su caida
Los debe á esos magníficos caudales
Que la enviaba la América oprimida;
Y ésta debe de llantos sus raudales
A las manos que España le mandaba
Para coger el oro que encerraba.

LX.

Yo miro levantarse soberana
De Washington la Patria, como el astro
Que del pálido Oriente en la mañana
Se alza dejando iluminado rastro:
Miro su libertad vírgen y ufana
Despeñarse en su carro de alabastro,
Atravesar los piélagos profundos,
Y en sus hombros despues volver con mundos.

LXI.

Yo miro del Brasil brotando lumbre
La razon y la industria palpitantes,
Como brotan en rica muchedumbre
Sus arenas el oro y los diamantes:
Y allí su libertad en regia cumbre
Fascinar con sus ojos rutilantes,
Cual fascina su monte y su pradera
Con su eterna y lujosa primavera.

LXII.

Y yo miro tambien que donde el carro
De la España rodó, sobre la tierra
Inmensa de Cortés y de Pizarro,
Hay solamente esclavitud y guerra,
Pueblos sumidos en inmundo barro
Que estremecen los llanos y la sierra,
Recibiendo en la punta de las lanzas
De la alma libertad las esperanzas.

LXIII.

Salud, Duque de Rivas. Eres hombre
Que dijiste verdad en écos llanos,
Cuando dijiste, por negarnos nombre,
Españoles sereis, no Americanos....
Hé aquí la verdad por mas que asombre;
La verdad que descubre cien arcanos,
El prolijo compendio de una historia
Que ya cuenta mas lágrimas que gloria.

LXIV.

Aquí hay España, si; pero no aquella
España de los ínclitos varones,
Que por su Dios y por su Patria bella
De Cristo y de Castilla los pendones,
Al rayo divinal de clara estrella
Y al soplo de sus nobles ambiciones,
Desplegaban do quier, y el mundo todo
Seguía el carro del triunfante Godo.

LXV.

Mas no la España que de su alta frente
El dulce rayo del saber fecundo,
Llena de magestad su luz fuljente,
Brillaba por el ámbito del mundo;
Y cual fuera en las lides imponente
De sus armas al golpe furibundo,
Fuera despues, al golpe de su acento,
Bizarro paladin del pensamiento.

LXVI.

Esa España su gloria nos daria,
Y el alma de Colon al vernos *Grandes,*
Nuestra madre inmortal bendeciría
Desde la sien de los soberbios Andes;
Y à su vírjen espléndida diría:
" Para que al mundo en lo futuro mandes,
,, Cuando te hallé desnuda entre las olas,
,, Te cubrí con banderas españolas."

LXVII.

Mas era su poder poder del suelo,
Humana creacion que al fin perece,
Y debia brillar como en el Cielo
Exalacion que brilla y desparece;
Y cuando tras del mar alzóse un velo
Y á sus ojos la Amèrica se ofrece,
Sobre los campos de Rocroy caía [*g*]
La última luz de su rosado dia.

LXVIII.

Y sumerjióse luego en el torrento
De las edades, y dejó en la historia
Las huellas de sus pasos solamente,
Que tambien pasarán con su memoria;
Hasta que al fin la venidera gente
Pierda hasta el nombre de su antigua gloria,
Yerta en el panteon de las edades
Con sus hombres, sus siglos, sus ciudades.

LXIX.

Y el Tajo, el Sena, el Rhin, en cuyas olas
Al son guerrero de su trompa un dia,
O al éco de las liras españolas,
El nombre de la España se aplaudía,
Perdidas de su sien las aureolas,
Y las lluvias de luz y de armonía,
No sabrán de sus liras ni su trompa,
Ni que hubo España de envidiable pompa.

LXX.

De su cáos los siglos se desprenden,
Llegan, ruedan, levantan en sus manos
Generaciones, mundos, y descienden
De la honda eternidad á los arcanos.
Así del hombre las pasiones hienden
Por esos del placer goces mundanos,
Roban la aroma de la flor, y luego
Vuelven al corazon marchito el fuego.

LXXI.

Tienen y nada mas sobre este mundo
Una nacion un siglo—un hombre un dia;
Y el ántes y el despues es infecundo
Tiempo que habita entre la nada umbría:
Ya es la memoria en su caós profundo
Al Partenon y al Capitolio fria ;
Y de Venecia apénas los canales
Hablan de Bucentauro y Carnavales.

LXXII.

Y la grande mision, el siglo bello
Terminaban de España: á su cabeza
Habia orlado ya con todo aquello
Que puede dar de grande la Grandeza;
Y sobre el viejo mundo puesto el sello
De su jénio, su lanza y su nobleza,
Cuando un hombre, en los siglos sin segundo,
Pidióla un barco para darla un mundo.

LXXIII.

Suele haber en la suerte un mal sentido
Que no sabe dar precio á los momentos:
Antes un siglo el Genoves nacido,
La España hubiera puesto los cimientos
A un nuevo porvenir; habria sido
El orbe avasallado á sus acentos,
Y el cataclismo que tumbó su frente
Deshecho por su mano omnipotente.

LXXIV.

Y si un siglo despues nace y le muestra
Este mundo, Colon ya no lo toca:
El Galo y el Breton ponen la diestra
Y sus muros de bronce en nuestra roca....
¡Ay! la fortuna de hoy menos siniestra
Fuera para nosotros, y mas poca
Servidumbre á la España costaría
Este mundo encontrado en fatal dia.

LXXV.

No habrian derramado al suelo hispano
Esas brillantes lluvias de tesoros
Las nubes del cenit americano
Para agostar la flor de sus decoros;
Para embriagarlo y enervar su mano,
Para hacer que brotára de sus poros,
Desde Felipe hasta Fernando, males,
En tres siglos á España tan mortales.

LXXVI.

Eso es, lo que hay aquí. La España muda,
La que tres siglos de fatal memoria
Bajo el peso jimió de ambicion ruda;
Llorando apénas su perdida gloria.
Alguna Lira de temor desnuda,
Lágrima santa que guardó la historia,
O la voz de alguna alma sín mancilla
Junto al fuego ó al pié de la cuchilla.

LXXII.

La España con que luchan todavia
De sus hijos de ahora el génio y brazos,
Sin poderla vencer en su porfia,
Ni con rayos del Génio ni á balazos;
En la que el *Fraile* pertinaz confia;
La que ese *Rey* con cetro hecho pedazos
En tenaz ambicion mueve y ensaña
Contra la nueva floreciente España.

LXXVIII.

Eso tiene este mundo Americano,
Como fibras de vida dentro el pecho,
Desde el florido suelo Mejicano
Hasta la estéril roca del Estrecho;
Absolutismo, siervos. y tirano,
Farsas de Libertad y de Derecho,
Pueblo ignorante, envanecido, y mudo;
Supersticion y fanatismo rudo.

LXXIX.

Eso tienes, América; responde,
¿Cual es tu porvenir? Quita un instante
Tus ojos de la urna en que se esconde
De tus glorias el tiempo de diamante;
Deja tu noble vanidad, y ¿donde
Dime se aclara el *mas allá*, que errante
Busca inquieta y tenaz la mente mia
Entre las nubes de tu noche umbría?

LXXX.

Deja tu gloria en la nevada cumbre
De los altivos Andes, frente á frente
Con la posteridad brotando lumbre,
De mar á mar, en fúljido torrente;
Deja tambien la rica muchedumbre
De las verdes promesas de tu mente,
Y mirando tus *hombres*, lo que ignoro
Revélame, por Dios, que yo te adoro.

LXXXI.

¿Cuál es tu porvenir? ¿Por qué camino
Despeñada mi mente en lo futuro
Encontrará de América el destino,
Atravesando siglos, como el puro
Rayo del Sol nadando brillantino
De nube en nube en el cenit oscuro?
Habla: los Andes, y la mar, y el viento—
¿No vés?—se postran á esperar tu acento.

LXXXII.

Yo sé que serás tú la flor mas blanca
En el jardin del porvenir humano;
Y que en tu Cielo el Hacedor estanca
Las lluvias que abrirán puro y lozano
Tu cáliz virjinal; y al orbe, franca,
Olas darás de tu ámbar soberano;
Yo sé que tus destinos son estrellas,
¿Mas como, Madre, dí, rodarán ellas?

LXXXIII.

¿Habrá sobre tus hombros, algun dia,
El manto azúl de Césares acaso,
Y espléndida y brillante, madre mia,
En tapiz régio marcarás el paso;
Y tu primera estrella mustia y fria,
Llevada por el tiempo hasta el ocaso,
Habrá dejado apénas por memoria
El nombre de *República* en la historia?

LXXXIV.

Pero silencio..... la tormenta ruje,
Y á los golpes del rayo de repente
En su cimiento de oro el Andes cruje....
Tú sabrás qué poner sobre tu frente
Cuando en el Cielo el Iris se dibuje....
Entretanto, esta chispa que mi mente
Acaba de arrojar, hoy no se mire;
Que en la posteridad luzca ó espire.

LXXXV.

Entre tanto, tambien con tus cadenas
Queda, ¡oh Plata! y tus crímenes prolijos,
Como Saturno, de tus propias venas
Tragándote voraz los tiernos hijos:
Tendido en tus bellísimas arenas
Queda, en sangre no mas tus ojos fijos;
Como el Boa del Indo harto de entrañas
Postrado queda entre aromadas cañas.

LXXXVI.

Queda por medio siglo todavía,
Pobre Patria Arjentina, sin guirnalda,
Sin luz, sin genio, aletargada y fria,
Brotando las heridas de tu espalda
La sangre que nutrió tu tiranía;
Y cuyo rastro el monte hasta la falda,
Las piedras, los desiertos, cuanto existe,
Conservarán enrojecido y triste.

LXXXVII.

Queda hasta el *mas allá*, donde el destino
De América revele los arcanos,
Y con ellos tambien, Suelo Arjentino,
Los tuyos que el futuro entre sus manos
Conserva todavia; y el camino
Porque transitas hoy y esos tiranos,
Sean en colosales dimensiones
Cuadros de novedad é inspiraciones.



LXXXVIII.

Suspirá EL PEREGRINO, y de la nave
Vuelve del Sur la vista conmovida.
¿Como no suspirar, cuando no cabe
Dentro del pecho tan ingrata vida;
Cuando pasan los años y no sabe
Sinó que pasan sin curar la herida;
Cuando en su mente ¡ay! *todo* concentra,
Y á *nadie y nada* su memoria encuentra?

LXXXIX.

Cuando á los hijos del honor divisa
Condenados de Tántalo al suplicio;
Y mira en el tirano la sonrisa
Y á ellos ahondar su propio precipicio;
Trabajar con valor, y mas á prisa
Que el ariete se alzó ser el desquicio;
Cuando vé por do quier tiempos y lanzas
Y por do quier perdidas esperanzas!

XC.

¡Y siempre bajo el Sol del estranjero,
Y siempre el pan de la miseria amargo....!
Carlos ¡ay! tiene el corazon de acero
Para llorar por él; pero ¡es tan largo
El tiempo que ha corrido lastimero
Sobre tanto infeliz; y el triste cargo
De llorar su dolor es tan sagrada,
Tan hermosa mision de alma inspirada!

XCI.

Allí están unas rocas—¡Sufre tanto
Al volver á mirarlas de este rio,
Regadas por la sangre y por el llanto,
Bajo un Cielo tan lúgubre y tan frio....!
Allí donde otra vez su primer canto,
Como al alba del ave el primer trio,
Saludó el porvenir, fija su frente
En las rosadas nubes del Oriente....!

XCII.

Allí donde en el alba de su vida
Se abrió la flor de sus afectos pura,
Y vió la primer hoja desprendida
Al primer temporal de desventura....
Allí conoció su alma sorprendida
Su luz vital y su mision futura....
Allí vió descubierto su camino,
Allí dió el primer paso EL PEREGRINO....!

XCII.

Allí están esas rocas orientales,
Do le arrojáran de su patria bella
Esos raudos furiosos temporales
Que deshojáran la guirnalda en ella!
¿Y cuando? Cuando apénas virginales
Veia CARLOS los rayos de su estrella;
Cuando daban apénas entre amores
Sus diez y ocho años las primeras flores!

XCIV.

¡Y ya cárcel, cadenas y destierro,
Amor, placeres, juventud perdida;
Y ya la sin piedad mano de hierro
Del infortunio taladrar la vida;
Y ya el primer dolor, el primer yerro,
La primer falta la primer caida,
Y ya, en cuerpo infantil, alma enlutada,
De pasion en pasion ir despeñada....!

XCV.

¡Y ya saber odiar.... y entre despojos
Dejar la Patria por la vez primera
Sin brotar una lágrima los ojos....!
¡Y ya con alma noble y altanera
Soportar desengaños y sonrojos,
Pisando sin hogar patria estranjera....!
Pasad tristes recuerdos de la mente—
Allí están esas costas del Oriente.

XCVI.

Bellas como su nombre, allí su falda
Besan del Rio y de la mar las olas,
Y las cumbres bordadas de esmeralda
El ámbar de la flor esparcen solas,
Cual si el aura que agita su guirnalda
Impregnada de esencia de amapolas
Adormeciera desmayando al hombre
Dentro de ese jardin bello hasta en nombre.

XCVII.

En esos campos el corcel de CARLOS
Cien veces estampó sus herraduras,
Cuando quiso el poeta contemplarlos,
Lleno, por tradicion, de su hermosura;
Y pudo en sus bellezas admirarlos
Y mas que en su belleza en su ventura,
Que eran felices ¡ay!; pues mas que flores
Brotaban libertad y paz y amores.

XCVIII.

¡Oh! esos campos son fértiles y bellos
Cual corazon de quince primaveras!
De la alta bendicion vense los sellos
En la vegetacion de sus praderas:
En el millar de arroyos que por ellos
Serpean entre blancas primaveras,
Como arterias de un cuerpo derramando
Vital licor en movimiento blando.

XCIX.

Y en esas mil espléndidas cuchillas
Ricas de gracia y aromadas flores,
Que en tiempo de la mies son amarillas
Nubes que flotan ricas de colores;
Y cuando hiela Julio sus orillas
Y el Pampero desata sus rigores,
Son las oscuras y robustas ondas
Que en el centro del mar se alzan redondas.

C.

¡Ay! en ellas la brisa era tan pura,
Tan grata para el alma del proscrito,
Que al ver su Patria bajo nube oscura—
Atmósfera de sangre y de delito—
Ciudadano del mundo, á la ventura,
Salió á buscar el hálito bendito,
Soplo puro de Dios, dulce, sin nombre,
De la suprema libertad del hombre!

CI.

¡Ay! entónces ese hálito de vida
Refrescaba la sien del Uruguayo,
Y esa Patria—esa rosa desprendida
De la corona virjinal de Mayo—
Desplegaba sus hojas engreida
Del alma libertad al dulce rayo;
Y en la mas jóven de sus tiernas hijas
Tenia Mayo sus miradas fijas.

CII.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
Llena de fuerza y de temor desnuda,
Arrebatar al Plata parecia
Todo su porvenir en solo un dia.

CIII.

La industria de la Europa en raudas alas
Miraba la feliz Montevideo
Llegar, para cubrirla con sus galas.
Era el bello festin de su himeneo
Con el Progreso, en las brillantes salas
Del arte, de la ciencia y del deseo;
Pues cuanto pudo ambicionar su mente
Allí tenia para orlar su frente.

CIV.

Atropellando las soberbias olas
Del Plata, dilataba sus cimientos;
Y en las rocas estériles y solas
Improvisaba ricos monumentos;
Y en ellos y dó quier las aureolas
De las artes burlaban los momentos;
Y eran, al contemplarla, recordadas
Las fabulosas grutas encantadas.

CV.

La Libertad cubria su cabeza
Con su manto de luces, y atraidos
Por el tocante iman de su belleza
Los hijos del honor—los escojidos
Paladines de la última nobleza
De la Arjentina Patria—conmovidos
Llegaban á guardar bajo ese manto
Sus bellas esperanzas y su llanto.

CVI.

Un coro de poétas esparcia
Su música inefable para el alma,
Regalando en su dulce melodia
Para el inquieto corazon la calma;
Porque es lluvia de Dios la poesia
Que al pecho del mortal la fiebre calma,
Irresistible y santa, cual la pura
Lágrima virjinal de la hermosura.

CVII.

Ellos, con arpas de marfil, el lloro
Del proscrito calmaban y sus penas:
Ellos la libertad con trompa de oro
Anunciaban al pueblo entre cadenas;
Y sus almas del fúljido tesoro
De inspiracion y de armonía llenas,
Saludaban tambien el primer rayo
Que anunciaba en Oriente al Sol de Mayo.

CVIII.

Y la felicidad lluvia de flores
Derramaba tambien sobre la frente
De esa ciudad, que, rebosando amores,
Era, en verdad, belleza del *Oriente*;
Un tulipan de espléndidos colores,
Que à la orilla del Plata de repente
Se levantaba à seducir los ojos
Y á dar al corazon goces y enojos.

CIX.

Pues era un carnaval de mil placeres,
Que por primer iman de todos ellos
Tenía sus bellísimas mugeres
Con seno de jazmin, negros cabellos,
Y ojos que procuraban por quehaceres
Quemar al corazon con sus destellos.
Clima frio, salud; salud, hermosas!
Sois lo que hay de ese tiempo y de esas cosas.

CX.

La sangre ha enrojecido las campañas
De esa Patria que fióse en la fortuna:
Los hijos han rasgado las entrañas
De la madre infeliz, y en cada una
Levantan el laurel de sus hazañas.
Pueblo del Plata, al fin; fuerte en la cuna,
Y, apénas jóven, en vejez de males
No deja de su fuerza ni señales.

CXI.

Esa Patria tan bella en su regazo
Ahogó su tierna libertad querida;
Como madre inexperta, que en su brazo
Su primer hijo sofocó dormida.
En un solo momento ha roto el lazo
Con su prosperidad, y en larga vida
El yermado jardin no tendrá flores
Ni el tulipan espléndidos colores.

CXII.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

CXIII.

Una lluvia de lágrimas la tierra
Ha bebido, mezclada con torrentes
De la sangre vertida en torpe guerra;
Y rotas del dolor todas las fuentes,
Esa Patria Oriental hora no encierra
Sino del mal las fúnebres simientes,
Que esa lluvia de llanto es esperanza
De una flor que se llama la *venganza.*

CXIV.

¡Ah! cuando á ese miserable plugo,
Moderno D. Julian, con rabia extrema [*h*]
Vender la patria al estrangero yugo,
No adivinó que él mismo su anatema,
Su nombre de traidor y de verdugo,
Entregaba tambien, como el emblema
Con que habrá de indicarlo á la memoria
De la futura gente nuestra historia.

CXV.

Y que una maldicion sobre su nombre
En la posteridad se grabaría,
Y que al pasar junto á su tumba el hombre
Sus ojos con horror apartaría.
No habrá, no, quien mirándola se asombre
De hallar en derredor flores un dia,
Que el alma tigre de Neron le cupo,
Mas sus caprichos de virtud no supo. [*i*]

CXVI.

Pero esa Patria en su dolor aun halla
Almas de libertad y valor llenas,
Como en sangriento campo de batalla
Suelen verse silvestres azucenas,
Que no ofendió el rigor de la metralla
Ni salpicó el torrente de las venas....
Y el heroismo de D'Assas tuvieron [j]
Y á su alarma los pueblos respondieron.

CXVII.

Mas, ¡ah! la herida es honda: muchas veces
Verá el ombú reverdecer sus hojas,
Y las praderas renacer las mieses,
Antes que veas tú las manchas rojas
Desparecer del suelo, ántes que ceses
En la recordacion de tus congojas;
Antes que bebas del placer la almíbar
Sin que tenga una lágrima de acíbar!

CXVIII.

He aquí el Plata con sus dos riberas;
He aquí alzado el velo del presente,
Y á la vista las horas lastimeras
Que ruedan de sus pueblos en la frente,
Como sombras que pasan agoreras
De un tiempo cada vez mas inclemente;
He aquí la verdad, amarga y dura,
Mas la verdad, al fin, sagrada y pura.

CXIX.

No hay misterios al ojo del poeta,
Dueño del corazon, donde la vida
Guarda de todo la raiz secreta.
La dulce rosa que al amor convida,
Y la amarga cicuta que la inquieta
Pasion del odio y la venganza anida,
Nacen del corazon: ¡ah! no hay arcanos
A quien lo tiene entre sus propias manos!

CXX.

El mal está en el hombre, no en las cosas;
Y eso que llaman en el mundo estrellas,
Hado, fortuna, suertes veleidosas,
Son invenciones de la mente bellas,
Con que las almas cubren afanosas
Los errores y vicios de sus huellas.
La fortuna es el hombre, y el abismo
De sus males, tambien el hombre mismo.

CXXI.

No hay fortuna ni estrella para el Plata,
Son sus hombres, no mas, sus propios males,
Está en su alma la llaga que los mata.
Ausentes de los rayos divinales
De la fé y la virtud, en noche ingrata
Se pierden de las sendas fraternales,
Y todos marchan de distinto modo:
Falta la Relijion, y falta todo.

CXXII.

Cuando el tiempo en su mano poderosa
Haya llevado al fondo de su abismo
Una generacion ya cancerosa,
Y que el tiempo á la vez traiga en sí mismo
Otra que sienta en su alma la preciosa
Y purísima luz del Cristianismo,
No habrá un astro de mas sobre los Cielos
Y paz de Dios habitará estos suelos.

CXXIII.

He aquí el Plata; su *pasado* hermoso
Es de eterno valor rica simiente:
Su *futuro* es el árbol magestuoso
Que alzará della su verdosa frente;
¿No conoceis la tierra que el valioso
Gérmen de ese árbol guarda? Es el *presente*;
Y aunque es verdad que la semilla encierra,
Es nuestro tiempo de hoy tan solo tierra....

CXXIV.

No son del corazon ocultas penas
Que vibran en las cuerdas de la lira,
Cuando estas voces de congoja llenas
Bajo del patrio Sol triste suspira;
Es que un rumor escucha de cadenas,
Trüenos del cañon, gritos de ira,
Cuando al dejar el mar siente las olas
Bramar del Plata en las arenas solas.

CXXV.

Es que hay un no sé qué de pesadumbre
En las auras que vagan sobre el Plata;
Un no sé qué fatídico en la lumbre
Que en el cenit azul el Sol dilata;
Un no sé qué de vaga muchedumbre
De ideas, que en el alma la mas grata,
La mas bella esperanza desvanecen
Y los dorados sueños oscurecen.

CXXVI.

No es el alma, es el tiempo en que vivimos
El que vibra en la Lira sus rigores.
¿Si hasta la luz que alumbra maldecimos
¿Como cantar el ámbar de las flores?
Si el mismo porvenir que bendecimos
No nos guarda su luz ni sus amores,
Si hasta la fé en el alma se aniquila,
Y hasta el llanto se agota en la pupila!

CXXVII.

Ved á CARLOS; el tipo, historia pura
Del alma de mil otros peregrinos,
El no canta su propia desventura,
El cruza de su tiempo los caminos
Y es el ángel que espía la amargura;
Los ayes y los sueños cristalinos
De sus hermanos, y en su triste Lira
Hace á todos hablar cuando suspira.

CXXVIII.

Y bien ¿que tiene aquí? Dejó este rio
Huyendo de su atmósfera pesada;
Ha sufrido dos años el hastío
De una existencia lánguida, cansada;
De la horfandad y desamor el frio
Su alma por las pasiones abrasada,
Y ha surcado la mar errante y solo,
Desde el sol tropical al yerto polo.

CXXIX.

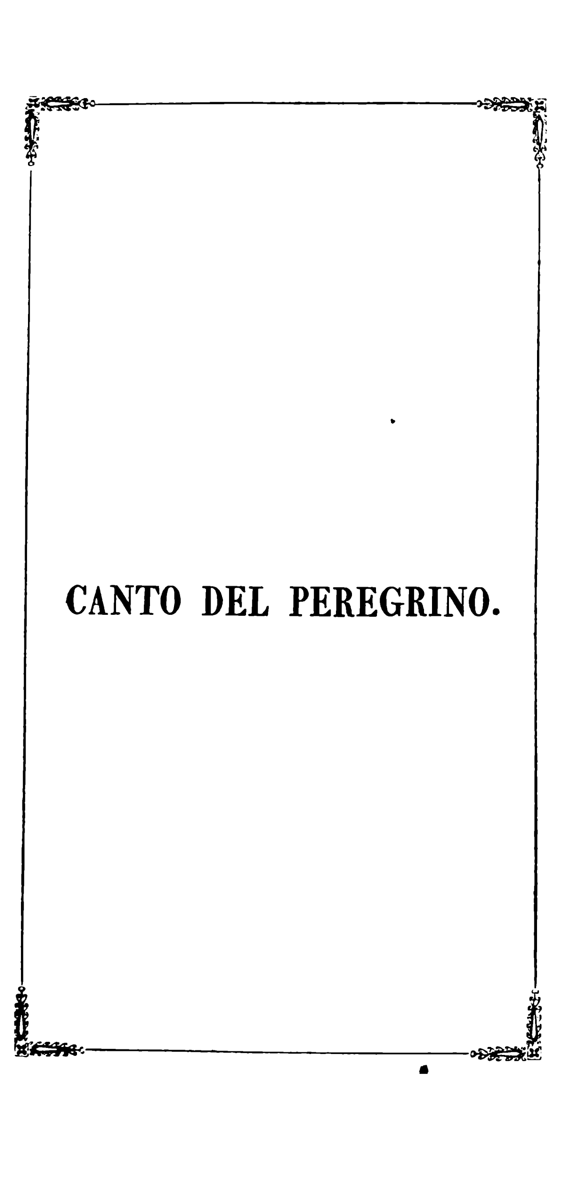
Ha sorprendido al mar en su misterio,
La luna, las estrellas, los albores,
La oscuridad entre su mismo imperio,
La tempestad y el rayo en sus rigores;
La luz, la nube en su palacio etério,
En todos sus secretos y esplendores
Ha visto y ha cantado la grandeza
De una vírjen feliz naturaleza.

CXXX.

Ha cantado al arrullo de los mares
A su Dios, á su Patria, á su querida.
Nuevo Harold en alma y en pesares, [*k*]
Ha comprado con fibras de su vida
Una bella corona de azahares.
Y bien, ¿cesó el dolor? Brota la herida
Mas y mas sangre, y al volver al Plata
El agudo dolor mas lo maltrata.

CXXXI.

Planta exótica en su época maldita
Con la posteridad vivo su mente,
Y allá en la luz del porvenir bendita
Un rayo busca su abatida frente.
Escuchad, ¿no lo veis? Su sien marchita
Se anima y se colora de repente;
Sobre las ondas sus miradas jira
Y, volando el bajel, pulsa la Lira.



CANTO DEL PEREGRINO.

AL PLATA.

Hincha, ¡oh Plata! tu espalda jigante
Y atropellen tus ondas el pino :
Es un hijo del suelo Arjentino
El que vuelve tus ondas á ver.
Que el pampero sacuda sus alas;
Que las nubes fulminen el rayo;
Una hoja del árbol de Mayo
Es quien pasa rozando tu sien.

Brazo hercúleo del cuerpo Arjentino,
A la saña del alma responde,
Si el rigor en el alma se esconde,
No desmienta su brazo el rigor.
Sé la imájen del tiempo présente,
Y alborota tus ondas ¡oh Plata!
Mira mi alma cuan bien lo retrata
Desafiando tus ondas mi voz.

¿No escuchais ese ronco bramido
Que estremece el desierto y la sierra?
¿No sentis que se rasga la tierra,
¿No sentis un torrente bramar?
En un mar de pasiones y sangre,
Sin orillas ni luz ni horizontes,
Donde absorta la sien de los montes
Mira razas y pueblos rodar?

Hincha, ¡oh Plata! tu espalda jigante,
No desmientas tu tiempo inclemente,
Y salpiquen tus ondas mi frente
Conmoviendo la nave á mis pies.
Ese mar de pasiones y sangre
Mi barquilla tambien arrebata;
¿Qué me importan tus ondas, ¡oh, Plata!
Si aun aquellas no abaten mi sien?

De ola en ola mi frájil barquilla
Bogará por el mar iracundo;
Si me cupo esta suerte en el mundo,
Adelante—surquemos el mar.
Mi alma tiene la fé del poeta,
La esperanza me templa la lira,
Ese mar con su furia me inspira,
Y á su estruendo mi voz se alzará.

De mi frente las nítidas flores
Por los vientos veré desprendidas,
Y hasta el fondo del mar sumerjidas,
Sin llorar al decirlas adios.
  Tumbarán mi barquilla las olas
Y caeré dentro el mar sin enojos,
Pues yo sé que al cerrarse mis ojos
Queda abierta en mi nombre otra flor.

Hincha, ¡oh Plata! tu espalda jigante;
Que fulminen las nubes el rayo,
Una hoja del árbol de Mayo
Es quien pasa rozando tu sien.
  ¿La borrasca me espera en la orilla?
Pues no duerman tus olas en calma.
¿Tempestades esperan á mi alma?
Pues sacude tambien mi bajel.

No me asustan la orilla ni el rio;
Yo me voy mas allá de mis años,
Y entre Cielos y mundos estraños
Vivo tiempos que están por venir.
  Que haya sangre tambien en tus olas
Que salpique su espuma mi frente;
Mira ¡oh Plata! cual vuela mi mente;
Oye ¡oh Plata! tu tiempo feliz.

El ánjel del futuro de hinojos en Oriente
Espera el primer rayo del venidero sol,
Para decir al hombre del viejo Continente:
"LA AURORA SE LEVANTA DEL MUNDO DE COLON."

Mañana de esa aurora los rayos en el monte,
Los rayos en las ondas, los rayos à dó quier,
Harán sobre los Cielos, magnífico horizonte
Que bañará radiante de América la sien.

Mañana en esos rayos ¡oh Plata! de repente
Descenderà del Cielo la bendicion á tí,
Y entónce el viejo mundo te gritará: "detente
Mis razas arrebatas, mi genio y porvenir."

Y seguirán tus ondas tirando en las arenas
Las ciencias y las artes cual perlas de la mar,
Y de hombres y de industria y de virtudes llenas
Salpicáras el árbol frondoso de la paz.

Y al empinar tu planta sobre tu propio abismo
Podrás jirar altivos los ojos en redor,
Sin encontrar esclavos ni rudo fanatismo,
Ni enrojecida huella de bárbara ambicion.

¡Ay triste del que osare sobre Arjentina frente
Alzar de los tiranos el látigo otra vez!
Sacudirás tus ondas y al eco solamente
El hacha del verdugo le abatirá la sien.

Cargado de *recuerdos* y vanidad entonce,
Ofertas y amenazas y naves burlarás;
Y ¡ay! triste para siempre del estranjero bronce
Que osáre en las riberas del Plata retumbar!

La Libertad hermosa se bañará en tus olas,
El aire de su vida lo aspirará de tí;
Y en tus riberas, ántes tan áridas y solas,
Tendrá para dormirse su célico jardin.

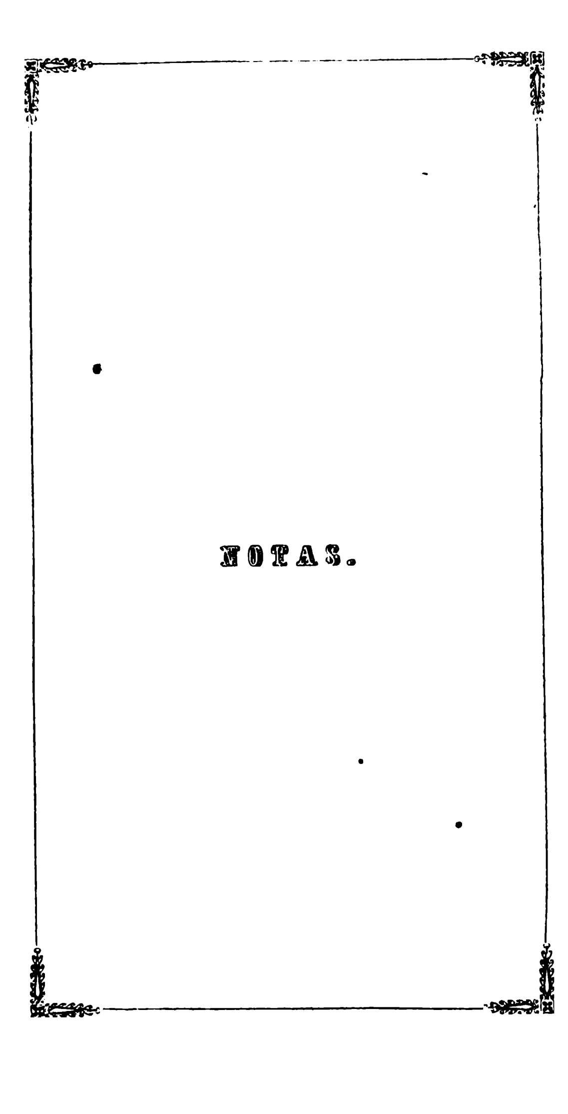
Y enamorado el hombre de su sin par belleza,
El labrador sus flores derramará á sus pies;
Y el alto pensamiento, mirando su cabeza,
Del genio en la batalla le buscará laurel.

Y poderoso entonce y entusiasmado y libre
¿Que mano entre las nubes eclipsará tu sol?
¿Quién alzarà la frente cuando tu acento vibre
Y cien Ciudades hagan el eco de tu voz?

Cuando á tu alerta grite la Patagonia ¡álerta!
¡Alerta! el viejo Chaco, y ¡ alerta! el Paraná;
Y la Nacion levante su frente descubierta,
Diciendo con sus bronces al enemigo:—atras?

Gozáos en la tumba, héroes de Mayo,
El árbol que plantasteis dará fruto,
Cuando asome en Oriente el primer rayo
Y huya la noche con su triste luto.

¡Oh¡ ese tiempo vendrá. Semeja ¡oh Plata!
Los temporales de mi tiempo yerto........
Mi voz con tus bramidos arrebata......
Adelante, bajel; vamos al puerto.



NOTAS.

NOTAS.

[*a*] Despues de su viaje al Mar del Sur, volvió el Peregrino á la ciudad del Rio Janeiro, donde permaneció dos años; los mas tranquilos, y aun podemos decir, los mas felices de su vida. El Canto Undécimo del Poéma está consagrado á sus recuerdos del Brasil; y á arrebatar, en cierto modo, algunas ideas falsas y desfavorables que existen en jeneral sobre la sociedad brasilera; como tambien, á revelar esa naturaleza magnífica, rica de novedad y poesia, con que ha engalanado Dios ese opulento pedazo del suelo americano.

Entre aquellos recuerdos, hay un dia que á menudo se nombra en ese canto—El Cinco-de-Enero, á quien llama el Peregrino, "*su dia de oro*"—Un recuerdo individual,—pobre para los otros, si se quiere; pero rico tesoro para el corazon del Peregrino, á quien es preciso perdonar el que se ocupe de algunos recuerdos propios de él, por lo mucho que se ocupa y sufre por los recuerdos ajenos.

[*b*] El Peregrino entraba al Rio de la Plata el 17 de Abril de este mismo año, tiempo en que el jeneral Oribe era dueño de casi todos los Departamentos de la República.

Por esta fecha vése tambien que el Peregrino no tiene el don de la oportunidad para hacer su viajes.

[c] Hemos dejado en el Janeiro muchos de nuestros papales, y sentimos no tenerlos preséntes para ilustrar esta nota con algunos hechos históricos de la guerra de la independencia, notables por su nobleza.

Pocas guerras han existido mas encarnizadas, mas de conciencia, que la que, por espacio de 15 años, han sostenido sobre nuestro continente los españoles y los americanos; pero pocas tambien mas llenas de actos bizarros y jenerosos.

Por ejemplo—Durante el sitio de los Castillos del Callao, el Jeneral San Martin ofrecia los hospitales de la ciudad de Lima á los heridos ó enfermos de la plaza, inhabilitada para atenderlos, y muchos españoles, no ménos jenerosos que su enemigo, aceptaban la oferta; pasaban á Lima; y, restablecidos, volvian á sus filas, si así lo querian.

Pero no se crea que solamente con enemigos comunes se tenian, estas consideraciones. Uno de los Generales españoles (*) gravemente enfermo, aceptó del Jeneral arjentino la oferta de pasar á curarse á Lima, donde se le arregló una casa, y donde, asistido por oficiales del ejército patriota, se restableció, y pidió y obtuvo su pasaporte para España, despues que los castillos fueron tomados.

Las crueles pero imperiosas exijencias de la guerra obligarou, por mas de una vez, á la adopcion de medidas rigorosas, pero esto era el resultado de las circunstancias mas ó ménos premiosas, pero no de la índole de la guerra, ni del carácter de los americanos.

El cuchillo, la traicion y todos esos medios bárbaros y reprobados que hoy se emplean en nuestras guerras civiles, son la invencion esclusiva, y por consiguiente moderna entre los arjentinos, del Jeneral Rosas—Son su obra, y aunque somos sus enemigos, jamas desconocerémos en él como en nadie, lo que sea parto de su jenio.

[d] "*Ingrata* patria, no tendrás tú ni mis cenizas."
(Inscripcion hallada sobre la tumba de Escipion el Africano.)

[e] En 1839. un carro triunfal donde iba colocado un retrato de D. Juan Manuel Rosas, ha paseado las calles de Buenos Ayres. Las guarniciones de ese carro eran unas cintas blancas y punzóes, y cuatro Señoras, que se mudaban de cuadra en cuadra, tiraban de ellas. Esta Señoras eran las esposas de los Jenerales, de los Ministros, de todos los principales magnates del Jeneral Rosas.

Dos hileras de hombres cerraban los flancos de la comitiva de

---

(*) A la publicacion de toda la obra daremos el nombre de este Jeneral, y ratificarémos, y aumentarémos esta nota:—hoy nos es imposible, por carecer de nuestros papeles.

damas; los unos con su espada de soldado á su cintura; los otros con su baston de majistrado en la mano— Estos hombres eran los *maridos* de esas damas.

A estos hombres nos hemos dirijido: ¿son demasiado ácres nuestras palabras?

Empezaron por envilecer la patria, despues se envilecieron y prostituyeron ellos—esto era lójico.— Envilecidos, esclavos, llenos de zozobras y de miedo, para mejor adular á su Señor, envilecieron á sus esposas-esto era lójico-¿Será mucho que por miedo tambien, las conviertan en Mesalinas quienes las convirtieron en *mulas?* No, no habria de que sorprenderse.

Por otra parte; si nuestras palabras son agrias, tengase presente que los hombres que de conciencia, por convicciones, hacemos la guerra á Rosas y á sus amigos, se la hacemos de frente de muerte, como nos la hacen á nosotros, mientras seamos enemigos—y asi es como se sostiene, á lo ménos, como se ha debido sostener, nuestra guerra—Cuando alguno de esos hombres ha vuelto en si, y se ha alistado en nuestras banderas para trabajar por la libertad de la patria *de todos*, ninguno de los enemigos del tirano le hemos cerrado nuestros brazos— Cuando los que le quedan le abandonen, olvidarémos todo, porque ninguno entónces tendrá el derecho de fiscalizar su pasado, si trabajan por el porvenir—No es pues el rencor, sino el espiritu de la guerra actual, el que dirije las palabras y las acciones de los enemigos de Rosas. Espiritu que han marcado primero Rosas y sus amigos.

(*f*) "S.M. el Emperador del Brasil y el Gobierno encargado de las relaciones exteriores de la Confederacion Arjentina se unen en alianza ofensiva y defensiva contra el poder y autoridad que ejerce Fructuoso Rivera en la República del Uruguay y contra los rebeldes de la provincia del Rio Grande del Sur, y contra los partidarios de dicho caudillo y de los mencionados rebeldes." (Articulo 1º de tratado de 24 de Marzo de 1843.)

.............." las tropas imperiales que entraren al territorio de la República Oriental del Uruguay se pondrán á las órdenes del Jeneral de las fuerzas confederadas." (Periodo del articulo 6º)

Este tratado presentado en proyecto por el Plenipotenciario Arjentino en la Corte del Janeiro el 5 de Febrero y celebrado el 24 de Marzo, se envió á Buenos-Ayres, ratificado por S. M., á recibir la competente ratificacion del Gobierno Arjentino, como se previene en el articulo 13 del tratado. Rosas *no quiso* ratificarlo.

Este notable asunto, que es ya propiedad del público, no queremos comentar, tanto porque nos llevaria á consideracio-

nes bien detenidas como él lo merece, cuanto porque muy poco podriamos decir despues de los ilustrados artículos del *Comercio del Plata* en los Nros. de 6, 8, 10 y 14 de Noviembre de 1845, á que nos referimos.

[*g*] Où sont les vieilles bandes espagnoles qui avaient mis la main dans tous les grands événements des siècles précédents, qui avaient fait les destinées de l'Europe? elles son mortes à Rocroy. (*Cousin—Histoire de la Philosophie.*)

[*h*] Respetamos la historia española; queremos creer con ella que el Conde D. Julian entregó su patria á los Moros. Pero ¿quien sabe si este desgraciado, cuya traicion fue revelada primeramente por los historiadores moriscos, que han podido escribir bajo [illegible]raciones de su ódio à la España, fue arrastrado á ese crimen, por el despecho de una ofensa la mas ácre al corazon de un hombre, como lo cuentan las crónicas españolas; y como tan noblemente, tan lleno de generosidad, el Sr. D. Miguel Agustin Principe, lo ha proclamado à la faz de la historia y de la tradicion española; y entónces hacemos nosotros una ofensa al soldado español escribiendo al lado de su nombre el nombre de Oribe, que para entregar su patria á Rosas, no ha tenido otra causa que una miserable ambicion de caudillo y una sed implacable de sangre?

[*i*] Al siguiente dia de la muerte de Neron, se hallaron algunas flores esparcidas sobre su tumba; y los comentadores de este fenómeno, lo han esplicado por algunos rasgos del carácter individual del tirano, que lo hacia algunas veces prodigar oro y beneficios sobre aquellos de sus esclavos que ménos podian esperar su recuerdo, por su nulidad ó por su clase—eran puramente *caprichos* del tirano.—Alguno de esos beneficiados derramó esas flores. ¿Quién derramará flores sobre la tumba de Oribe?

[*j*] El Coronel D'Assas, en ocasion de hallarse de Gefe de avanzada del ejército frances, fué en la noche sorprendido solo, al reconocer las centinelas. Algunos enemigos le pusieron las armas al pecho, diciéndole que comprase su vida con el silencio: "à las armas" gritó D'Assas—fué asesinado, pero libró al ejército de la sorpresa—La historia francesa perpetúa este nombre benemérito.

[*k*] Childe-Harold---poema de Lord Byron.

